

Imposibilidad de una restauración (1870-1873)

Carlos Federico TESSAINER Y TOMASICH

Profesor de Instituto N. de B.

A la hora de estudiar mediante la prensa y la correspondencia de los embajadores españoles en Francia con el ministro de Estado español el tema de la III República, una constante preocupación en el citado período de tiempo será la de la restauración monárquica. En efecto, efectuado el traspaso de poderes del gobierno de la defensa nacional a la asamblea recién elegida de Burdeos, se asistirá a la gran paradoja de una república de hecho proclamada el 4 de septiembre de 1870, pero que de derecho no existía legalmente, pues sobre todo, teniendo en cuenta la mayoría monárquica elegida para la misma, la constitución de una forma de Estado definitiva, quedaba pendiente de resolución. Es pues, entre el 4 de septiembre de 1870 y lo que puede considerarse como fracaso final de los planes monárquicos en octubre de 1873, que condujeron al entierro definitivo de la monarquía en Francia donde deben insertarse estas notas.

Cuando el segundo imperio era derrotado por las fuerzas prusianas en Sedán, la institución monárquica, esta vez bajo la forma de cesarismo, desaparecía definitivamente de suelo francés. Era la cuarta vez que la monarquía sucumbía en aquel país durante el siglo XIX, y aunque en el imperio en sus últimos tiempos «(...) se atisban algunas atenuaciones en las prácticas autoritarias (...)»¹, el descrédito a que éste la había conducido, no hacía presagiar un futuro retorno para ella. Esto parecía confirmarse cuando en plena reacción contra los poderes caídos era proclamada el 4 de septiembre de 1870 la III República en el Ayuntamiento de París, a la vez que era constituido un gobierno de defensa nacional.

¹ G. Bourgin, *La Troisième République*, París, Armand Collin, 1969, pág. 8.

Desde esta fecha hasta finales de enero de 1871, lo que parecía imposible pasó a cobrar síntomas de veracidad. La política exterior del gobierno de la defensa nacional, decididamente favorable a la continuación de la guerra contra Prusia, convirtió a los republicanos en motores y culpables de unos sacrificios que a la mayoría del pueblo francés resultaban carentes de sentido: era notorio que tras Sedán la suerte de la guerra había quedado definitivamente decidida, como lo demostraron los fracasos de los generales Bourbaki, Chanzy y Faidherbe, y aun los del mariscal Bazaine. Con ello los monárquicos (a excepción de los bonapartistas) se convertían en los representantes de la paz.

Nada tuvo, pues, de extraño que ante las exigencias bismarckianas de elección de una asamblea nacional que debía decidir sobre la continuación de la guerra o la firma de la paz con el ya constituido imperio alemán, los resultados de éstas diesen una amplia mayoría a los monárquicos; y es que el gobierno de la defensa nacional «(...) era prisionero de sus orígenes. Había evocado el 92 (...)»². Bien estaba claro que la asamblea sólo había sido elegida para el mencionado fin, pero no por ello debía desestimarse el hecho de que una mayoría del país, si bien como rechazo al belicismo republicano, se hubiese echado en manos de los partidarios de una restauración borbónica en cualquiera de sus dos ramas dinásticas: Borbón u Orleáns.

Y no sólo ocurría ésto, sino que tres hechos más venían a engrosar las esperanzas de los partidarios de la monarquía: Adolfo Thiers, el antiguo ministro de Luis Felipe, era elegido por la asamblea presidente del poder ejecutivo; la asamblea levantaba las leyes de destierro contra borbones y orleáns y por las mencionadas elecciones, dos miembros de la última dinastía citada, el duque de Aumule y el príncipe de Joinville, eran elegidos diputados de la misma, y aunque la ocupación de sus escaños suscitó fuerte polémica, acabaron por ser aceptados como miembros de pleno derecho de la asamblea.

En medio de estos cuatro factores favorables, sin duda siendo el de más peso el de la mayoría monárquica en la asamblea, el embajador español en Francia, Salustiano de Olózaga, comenzaba a plasmar la idea fundamental de su visión sobre la situación francesa. Aunque pareciese extraño, era casi impensable una restauración en Francia; por un lado, la «Fusión» de ambas ramas de la Casa de Borbón francesa, si supuestamente se llevaba a cabo, conduciría al trono a Enrique de Borbón, conde de Chambord, y con él, sin lugar a dudas, se desataría en toda Europa una reacción que podía resultar desastrosa al principio monárquico; por otra parte, la propia experiencia espa-

² P. M. Bouju y H. Dubois, *La Troisième République (1870-1940)*, Col. Que sais-je?, núm. 520, París, PUF, 1952, pág. 6.

ñola servía al embajador de base para juzgar el futuro francés: España había visto cuánto sufría el principio monárquico con tan sólo un cambio de dinastía (la de Borbón por la de Saboya) y, por ello, en Francia, donde en un período relativamente corto de tiempo se habían sucedido entre otros regímenes tres dinastías distintas, el principio monárquico había quedado profundamente afectado³.

Sin duda, la sublevación de la comuna de París daba a la restauración nuevas perspectivas, pero aunque «La verdad es que la mayoría no proclamaba la monarquía (...) porque no podía obtener del conde de Chambord las condiciones necesarias (...)»⁴, Thiers demostró aplastando la insurrección que bajo una forma republicana también se podía mantener el orden.

El período de la presidencia de Adolfo Thiers, una vez vencida la comuna, se va a caracterizar por lo que sin duda resultó de difícil comprensión. Monárquico por convicción, comenzó por ratificar su total lealtad al «Pacto de Burdeos», según el cual, al considerar prioritaria la reconstrucción del país, se comprometía a mantener intacto el legado que había recibido de la asamblea, la república. Para ello, no sólo aducía fidelidad al mencionado pacto, sino que llegó al convencimiento de que la forma republicana era el régimen que en aquella situación menos dividía a los franceses y que una restauración conllevaría una guerra civil. A este cambio de opinión no contribuía solamente, como con posterioridad se vio, su pacto con los republicanos radicales del sur de Francia durante la comuna para evitar la propagación de la misma al resto del país⁵, sino que también pesaba la situación dinástica francesa.

El abismo abierto entre borbones y orleáns desde la ocupación del trono francés por Luis Felipe y aun desde la condena a muerte de Luis XVI, continuaba presente. No obstante, la sucesión al trono, caso de producirse una restauración, parecía a primera vista sencilla: el conde de Chambord, viejo ya y sin descendencia, sería proclamado rey, designando a su muerte como heredero al conde de París. Pero para ello era necesario llevar a cabo la reconciliación o «Fusión» dinástica, la cual se enfrentaba a serias dificultades; mientras Enrique de Borbón permanecía fiel a la idea de una monarquía absoluta como dejó claro desde su manifiesto a los franceses de mayo de 1871, en el que, confiando en su entronización finalizaba el mismo con «La palabra la tiene

³ AMAE, Francia, Correspondencia, Legajo H-1.518, Despacho núm. 49, 28 de febrero de 1871.

⁴ M. Petit, *Histoire de France. La Troisième République*, París, Larousse, 1936, pág. 18.

⁵ AMAE, Francia, Correspondencia, Legajo H-1.519, Despacho núm. 426, 2 de diciembre de 1872.

Francia, el momento sólo Dios lo sabe»⁶, o todo lo más transigía con un sistema de «Carta Otorgada», los Orleáns eran los representantes de una monarquía constitucional.

Cuando el 5 de julio de 1871 Chambord hacía público un nuevo manifiesto en el que rechazaba la bandera tricolor, se desarrollará a partir de este momento la gran paradoja de una mayoría parlamentaria en busca de una monarquía fantasma y de un poder ejecutivo orientándose cada vez más hacia la república.

No obstante, una nueva posibilidad se abría a la monarquía cuando el 31 de agosto de 1871 la asamblea que sólo había sido elegida para firmar la paz o continuar la guerra contra Alemania se atribuía el poder constituyente.

Pero la obstinación del «Pretendiente», el avance de los republicanos moderados en las sucesivas elecciones parciales a la asamblea y la adhesión del centro izquierda de la misma a la idea de república conservadora esgrimida por Thiers, acabaron por exacerbar a los monárquicos. A medida que la reconstrucción material y moral del país era llevada a cabo, el presidente era cada vez menos necesario a los partidarios de la monarquía; «El principal triunfo que le quedaba al presidente de la república era su afirmación que él era el baluarte entre los conservadores y los republicanos rojos»⁷. El punto final del mandato de Thiers lo constituyó el triunfo en las elecciones parciales de París, de abril de 1873, del radical Barodet frente al republicano conservador Remusat. Una coalición circunstancial entre legitimistas, orleanistas y bonapartistas acaudillados por Broglie, decidieron deshacerse de él e impedir de esta manera la proclamación de la república⁸.

Es, sin duda, en esta coyuntura cuando aceptada la dimisión de Thiers y nombrado presidente Mac-Mahon, la monarquía tuvo en Francia la mayor y quizá la última oportunidad de ser restaurada.

Las maniobras monárquicas para aprovechar la favorable situación pronto se tradujeron en hechos concretos: la reconciliación dinástica era llevada a cabo el 3 de agosto de 1873. Diarios españoles de aquella época con ideología totalmente contrapuesta, daban la restauración como segura: el «alfonsino» *La Epoca* juzgaba como totalmente favorable al proceso el que Mac-Mahon estuviese resuelto a aceptar lo que la mayoría monárquica de la asamblea resolviese⁹, el republicano federal *La Igualdad* consideraba ya muerta la república ante la restauración de una monarquía de origen divino¹⁰, y el monárquico-constitu-

⁶ AMAE, Francia, Correspondencia, Legajo H-1.518, Anejo al Despacho número 137, 19 de mayo de 1871.

⁷ D. W. Brogan, *Francia, 1870-1939*, México, FCE, 1947, pág. 120.

⁸ M. J. Dragó, *Los presidentes de la tercera República, setenta años de historia francesa*, Buenos Aires, El Ateneo, 1945, 2 vols., pág. 29, vol. 1.

⁹ *La Epoca*, 29 de septiembre de 1873.

¹⁰ *La Igualdad*, 19 de agosto de 1873.

cional *El Imparcial* veía en la restauración la única excusa que podía justificar el que las derechas hubiesen derribado de la presidencia a Thiers¹¹.

En contraposición a estos excelentes augurios, Salustiano de Olózaga, que en sus despachos afirmaba reiteradamente que la monarquía estaba por el momento proscrita de Francia, «(...) no veo por donde pueda venir la monarquía si no la trae una loca intentona de los rojos y la internacional»¹², o «Y lo presente es la república y si hace diez y ocho meses decía yo desde Burdeos que no veía por donde podía venir la monarquía, ahora no lo ven ni los más interesados en que venga»¹³, manifestaba en su último despacho como embajador (que coincidía con el fin de la presidencia de Thiers, del cual se decía ser gran amigo y admirador) la imposibilidad de que se produjese la restauración; en todo caso, de haber existido un candidato al trono que hubiese tenido los medios materiales y el apoyo de algún partido poderoso para vencer la resistencia que sin duda habría encontrado, éste había perdido su oportunidad inmediatamente después de la comuna. Ahora, la mera transmisión pacífica de poderes a Mac-Mahon «(...) como en la más antigua monarquía hereditaria, hace que la causa de la república esté ganada»¹⁴.

Esta visión de quien decía ser gran conocedor del pueblo francés, no puede menos que ser tildada de profética. Sin embargo, en aquel momento, más parecía ceñirse a los deseos del embajador que a una valoración objetiva de la realidad. La explicación a ello, en una persona partidaria de la consolidación de una monarquía democrática y constitucional en su país (representada durante un breve período de tiempo por Amadeo de Saboya) queda explicada, sin duda, cuando se confesaba convencido de «(...) que todas las dinastías que pudieran ocupar el trono de Francia habían de ser más o menos hostiles a la causa de la libertad de España»¹⁵. Indirectamente, Olózaga mostraba en este criterio su temor a que una restauración en el conde de Chambord, favoreciese la causa del carlismo en España, sobre todo si se tiene en cuenta el constante apoyo que los legitimistas franceses estaban prestando a sus correligionarios españoles.

Y se dice anteriormente que su visión fue profética porque en octubre de 1873, la obstinación de Enrique de Borbón hacía inviable el

¹¹ *El Imparcial*, 30 de mayo de 1873.

¹² AMAE, Francia, Correspondencia, Legajo H-1.518, Despacho núm. 353, 16 de octubre de 1871.

¹³ AMAE, Francia, Correspondencia, Legajo H-1.519, Despacho núm. 293, 2 de septiembre de 1872.

¹⁴ AMAE, Francia, Correspondencia, Legajo H-1.519, Despacho núm. 181, 3 de junio de 1873.

¹⁵ AMAE, Francia, Correspondencia, Legajo H-1.519, Despacho núm. 32, 5 de febrero de 1873.

retorno a la monarquía. Aunque ya se había empezado a construir la iglesia del Sagrado Corazón, concebida como reparación espiritual a los desmanes cometidos durante la comuna e indirectamente como homenaje a la restauración, y aunque «(...) las derechas creyeron posible la restauración y se comenzó a preparar la entrada del rey, — suntuosas carrozas, escarapelas y banderas blancas»¹⁶, «Enrique V» si bien aceptó el que Francia se convirtiese en una monarquía constitucional de la que él sería rey, a la vez que se garantizarían las libertades públicas, se negó aceptar la bandera tricolor, a la que incluso los legitimistas más moderados no querían renunciar.

En un nuevo manifiesto a los franceses, afirmaba que su persona no era nada, y su principio todo, negándose a sacrificar el legado que decía había recibido de su abuelo Carlos X, y, por tanto, su honor; «Si no —objetaba él— ¿para qué sirvo yo? No creo que me necesiten para representar el papel de “rey legítimo de la revolución”. Y sin mi principio, yo no soy más que un hombre grueso y cojo»¹⁷.

Así, ante la postura del último representante de la rama primera de los borbones franceses, en medio de la inmensa paradoja de una república de hecho desde el 4 de septiembre de 1870, que contaba con una mayoría monárquica en la asamblea de Versalles, pero que no encontraba quien estuviese plenamente dispuesto a ocupar el trono que pretendían restaurar, la república conservadora fue ganando terreno; y no sólo esto, sino que los Orleáns, los únicos capacitados por su pasado e ideología para llevar a cabo una restauración plenamente constitucional, tras la «Fusión» habían quedado ensombrecidos, esperando sin duda recoger en el futuro la herencia, bajo un trasnochado legitimismo que no solamente resultaba anacrónico, sino que al pretender una política exterior con marcado carácter belicista y afín con su ideario en la que se incluía la restitución del poder temporal del papado en los desaparecidos Estados Pontificios en clara actitud hostil hacia la nueva Italia, despertaban el recelo de la mayoría de los Estados europeos; aunque éstos, a excepción quizá de Alemania (como se vio en el proceso al antiguo embajador alemán en Francia, conde de Arnim, en el cual saltó a la luz el que Bismarck prefería para este país una forma republicana, pues una monarquía sin duda hubiese fortalecido a Francia y le hubiese posibilitado alianzas), veían con mayor simpatía el que Francia volviese a la monarquía, la intransigencia del legitimismo, el cual estaban convencidos implantaría Chambord, les condujo también a aceptar como mal menor la consolidación de una forma republicano-conservadora en la cual no se adivinaban intenciones ni de revancha ni de alterar por el momento el *status quo* europeo.

¹⁶ D. W. Brogan, *op. cit.*, pág. 56.

¹⁷ J. Bainville, *La tercera república francesa*, Madrid, Doncel, 1975.